

Los antropólogos aprendices de brujos

Francisco Javier Guerrero*

¡Albricias! Estábamos en junio de 1984 y ya nos sentíamos la “mamá de los pollitos” en eso de transmitir nuestros conocimientos a las nuevas generaciones, en particular, en lo que atañía al trabajo de campo antropológico.

En esa fecha, a petición de varios alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), se nos solicitó al sociólogo Antonio Machuca y a mí dirigir un trabajo de campo para estudiar la práctica de la medicina alternativa en varias zonas del estado de Veracruz.

Es de destacar que mis propias experiencias en el trabajo de campo han sido irregulares, heterogéneas e incluso tortuosas. Cuando ingresé a la ENAH tenía un afán desmedido por practicar tal tipo de ejercicio, en parte debido a mi interés por conocer la existencia cotidiana, vicisitudes y problemas de seres por lo general considerados como “extraños” y cotidianamente sometidos a la explotación económica, la exclusión social y la opresión cultural. Naturalmente, en esa inquietud no existía un interés predominante en conocer lo que para personas versadas en la civilización occidental constituye lo “exótico” ni contábamos con ser gratificados al asimilar conocimientos acerca de lo “folclórico”, entendido este término en el sentido de la televisión comercial como algo anómalo, divertido y digno de ser; más que conocido, vislumbrado. Eso sin permitir que contamine nuestras fuentes matricias de hombres y mujeres embarcados en el navío de la auténtica civilización.

Mi interés era, por supuesto, político. Había cursado previamente la carrera de economía en la Escuela Nacional de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde comprobé con desazón que los profesionales de esta materia eran notoriamente ignorantes sobre lo que se hacía en disciplinas sociales diferentes y, por otro lado, desconocían en gran medida lo que sucedía en múltiples y diversas regiones del país, ya que por lo general sus intereses se centraban sólo en la Ciudad de México. Me pareció que el estudio de la antropología ponía remedio a esos males y consideraba que era una ciencia que podía servir para contribuir a la liberación y a la emancipación de las masas oprimidas, por lo general objeto de estudio de los antropólogos. Diversos científicos sociales, como los sociólogos, han

* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH (fguerrero.deas@inah.gob.mx).

analizado con más detenimiento a clases y grupos sociales con ubicaciones más altas en la pirámide social, sobre todo en las civilizaciones urbanas y las sociedades industriales.

Ingresé en la ENAH en el lejano año de 1965. Al respecto, cabe hacer algunas consideraciones. La generación de estudiantes que ingresó ese año tenía una característica especial: la mayoría eran jóvenes egresados de la educación media superior; anteriormente, a la escuela llegaban pequeños grupos, cuya mayoría ya había cursado otras carreras. Debido a mi experiencia política y a mis pretensiones de sabihondo, pensaba que mis compañeros de estudios eran bastante lerdos, analfabetos funcionales y gente con poca experiencia en la vida. Para mi sorpresa, me encontré con que se trataba de hombres y mujeres veinteañeros que se caracterizaban por contar con una notoria cultura general y con inquietudes políticas y sociales. Me parece que ello obedecía a que, en la década de 1960, el mundo parecía envuelto en una poderosa transformación que se expresaba en el avance tanto de diversos procesos revolucionarios como de varios movimientos de emancipación colonial. Contagiados de esa atmósfera, los jóvenes se rebelaban contra el autoritarismo y los despotismos provenientes de instituciones caducas y anacrónicas, empezando en muchos casos por la familia misma. En el caso particular de México, los jóvenes estábamos hartos de la omnipotencia del Estado, una dictadura sexenal mal encubierta como democracia representativa. Nuestro combate contra el autoritarismo era ya el germen de lo que ocurriría en 1968.

Sin embargo, nos tuvimos que confrontar con una contradicción. Ya en esos años, la escuela de antropología del Instituto había abandonado varios de sus principios y prácticas fundamentales, que se sustentaban en el nacionalismo revolucionario, mientras que en las aulas, los estudiantes parecíamos condenados a ser adoctrinados en los más puros senderos del anacronismo. Las viejas tradiciones de antropólogos como Julio de la Fuente, Manuel Gamio, Moisés Sáenz o Alejandro Marroquín se habían dejado de lado. Resulta sorprendente, pero la mayoría de los compañeros veía mucho más adelante que varios de sus maestros, aunque entre éstos había notables profesionales como José Luis Lorenzo o Johanna Faulhaber. La dirección del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), institución de la que dependía la ENAH, había terminado por petrificarse y tanto la enseñanza como la investigación andaban dando tumbos. Nuestro interés por asimilar el conocimiento se expresaba, además, en que esos conocimientos fueran aplicados y, por lo tanto, jugaran un papel preponderante en las prácticas de campo. A los estudiantes de la especialidad de etnología nunca se nos impartió un curso sobre metodología de trabajo de campo, mientras que a los compañeros de la subespecialidad de antropología social llevaron cursos de Metodología de las ciencias sociales demasiado generales y de escasa aplicación práctica.

Por aquel entonces, los estudiantes nos encontramos con un grupo de antropólogos críticos que, al igual que nosotros, eran antagónicos a la orientación general del Instituto. Se trataba de personas con hondos conocimientos de su disciplina y con notables experiencias de campo. Nos referimos a los entonces jóvenes Guillermo Bonfil, Arturo Warman, Enrique Valencia, Mercedes Olivera y Margarita Nolasco.

Ellos nos impartieron varias de las mejores cátedras y en 1966 tuvimos la oportunidad de cursar la materia Etnología general con el doctor Ángel Palerm, un antropólogo de fama internacional que se convirtió en una especie de gurú de los jóvenes profesionales que mencionamos en líneas anteriores.

A inicios de 1967, a punto de terminar la carrera, algunos maestros solicitaron a varios grupos de alumnos una serie de ejercicios de trabajo de campo. En esa época, algunos compañeros de la generación optaron por viajar a Perú, pero nosotros decidimos ir al campo bajo la dirección del maestro Guillermo Bonfil, que estaba interesado en practicar una investigación en la región de Chalco, Amecameca, en el Estado de México. El maestro nos dio una visión de conjunto de la región, pero nos pidió que abordáramos temas de estudio según nuestras preferencias. Así, por ejemplo, yo me dediqué a estudiar la estructura económica, Andrés Fábregas el nahualismo, Teresa Rojas los cultivos agrícolas, y otros abordaron aspectos de la religión. El trabajo que realizamos resultó fructífero, pero es necesario señalar que Bonfil optaba por establecer relaciones espontáneas con los informantes, alegando que el levantamiento de encuestas y cuestionarios limitaban las posibilidades de conseguir información más completa. Sin embargo, se suscitaron algunos graves e inesperados problemas, como que el cura de Amecameca hostigara sexualmente a varias de nuestras compañeras; que un pistolero al servicio de Bernardo Quintana, magnate de la construcción, quiso secuestrar a una distinguida colega; para colmo de males, sufrimos un fuerte choque automovilístico. Por fortuna libramos todas esas dificultades.

Posteriormente, compartimos una experiencia breve con el maestro Ángel Palerm en Tepetlaotoc, Estado de México. Siguiendo los lineamientos de la escuela formada por Julian H. Steward, Palerm pedía que, al inicio de la investigación en campo, no se hablara con informantes, sino que se reconociera el ecosistema donde se iba a realizar el estudio. Con elevada indignación, Palerm se oponía drásticamente a que tomáramos una sola gota de licor, aunque nos lo ofrecieran los campesinos.

Tiempo después, durante una salida a campo en Zongolica, Veracruz, con Ricardo Pozas, el maestro insistía en que se tenía que hacer un estudio de conjunto; es decir, de la comunidad analizada y de casos particulares, como el interesante intercambio de bienes y servicios que, a través del trueque, tiene lugar en esa zona.

Desde entonces, he dirigido numerosas prácticas de campo de estudiantes de educación media superior repletas de acontecimientos singulares, pero no voy a entrar más en detalle sobre estos últimos.

Ya como miembro de la Dirección de Etnología y Antropología Social (DEAS), formé parte del equipo que realizó una investigación con trabajo de campo que versaba sobre la migración mazahua en el Estado de México, y en la que participaron también Antonio Machuca, Ana Luisa Liguori y Marcela Lagarde. Previamente había realizado un trabajo de campo en la zona tojolabal de Chiapas, donde conjuntamente con los indígenas tratamos de formar unas cooperativas de producción y consumo.

En el caso que trato en este artículo, formamos un grupo de estudiantes para realizar una investigación que incluyó trabajo de campo. Decidimos establecernos en el pueblo de Catemaco, Veracruz,

y conseguimos albergue en la casa de una amiga del doctor Juan Manuel Sandoval. Como a mí me molestó que en esa vivienda se criaran pollos bajo una insoportable iluminación, me fui al único hotel que había. En las mañanas los compañeros me despertaban con unas grabaciones de los sonoros cantos del señor Juan Gabriel. Por otro lado, como estudiábamos medicina alternativa, ello nos condujo a investigar sobre brujería, ya que nuestros informantes afirmaban que muchos brujos eran a la vez sanadores. Los habitantes de Catemaco y de zonas varias de Veracruz nos aseguraban que una de las compañeras era —sin duda alguna— una “hechicera”. Como a nuestro parecer no pareciera tener un tipo especial, nunca llegamos a entender por qué se decía que ella era practicante de esas artes, pese a que preguntamos con insistencia a nuestros informantes el motivo de tal aseveración. Ellos simplemente nos respondían que era evidentemente una bruja.

Inmediatamente entrevistamos a médicos y personal sanitario, quienes, sin excepción, nos comentaron que los indígenas nahuas y totonacos de la zona creían en la brujería porque eran tontos y los brujos eran unos charlatanes. Decidimos no investigar más en Catemaco, porque a esa pequeña urbe habían arribado los mercenarios mediáticos de la televisora comercial más famosa del país, entre ellos el insoportable Raúl Velasco. Por ello, un buen número de los “hechiceros” que oficiaban gratuitamente empezaron a cobrar sus servicios a turistas, quienes se regodeaban de sus aventuras con indígenas “exóticos”.

Trasladamos nuestra investigación de campo a San Andrés Tuxtla y Santiago Tuxtla. Ahí preguntamos a un brujo si su condición la había adquirido por nacimiento o por aprendizaje. Su respuesta fue que una persona como él hace un pacto con el Príncipe de las Tinieblas (apelativo usado para nombrar a Lucifer). También aseveró que se vio obligado a convertirse en brujo porque, en una ocasión, yendo en su automóvil de Catemaco a Veracruz en pleno día, estuvo a punto de atropellar a un enano que portaba una gabardina y un sombrero ancho. Frenó intempestivamente y bajó del auto para reclamar su presencia a esa diminuta persona. Ésta se quitó el sombrero, que estaba lleno de un líquido y que al parecer no se había derramado en el cuerpo del homúnculo; a continuación, arrojó dicha sustancia a la cara del conductor, que cayó en cuenta de que había sido mojado con orines. El enano exclamó: “Yo soy Luzbel, y a partir de ahora eres un brujo”. Nuestro interlocutor declaró que a partir de ese momento obligatoriamente era un brujo, y que por ello podía “poner” enfermedades, pero también practicar sanaciones. Nos llamó la atención que, en este caso, un “hechicero” también pudiera ser curandero.

Uno de los brujos declaró que, al contrario de lo que suponíamos, Satanás era muy “cuate” de Jesucristo y que ambos jugaban dominó. También informó que Satanás iba a misa y que lo podíamos reconocer. Otros de los “hechiceros” nos hicieron varias limpiezas utilizando ensalmos y pasándonos huevos por el cuerpo. Para hacer nuestro trabajo recorríamos las poblaciones citadas y charlábamos con los vecinos, entre los que había campesinos, artesanos, amas de casa, ancianos y niños. Muchos rehuían hablar sobre brujería y los médicos insistían en que eran unos charlatanes. En toda la región observamos clínicas abandonadas que habían sido inauguradas pomposamente por los gobernantes del estado.

En general, las muchachas del grupo eran de clase media acomodada. Por eso me sorprendió en el curso de una conversación de cantina que varios compañeros, los de más humilde condición, mostraran antipatía por ellas, que yo no había percibido. Este tipo de fricciones se presentan con frecuencia en trabajo de campo y se arreglan con relativa facilidad si se ventilan en forma abierta, pero en este caso se expresaban de manera subterránea y son más difíciles de dirimir, por lo cual, quienes dirigen una práctica de ese tipo, deben estar atentos, percibirlos y buscar solución.

Metidos ya en la medicina alternativa, acudimos a un templo pentecostal en Soteapan, pues en su interior la gente subía a una especie de tribuna o púlpito para declarar cómo se había curado gracias a la ayuda divina. No recuerdo la fecha en que ingresé a la capilla, pero recuerdo que una mujer hablaba sobre cómo había recuperado la salud. Cuando ella estaba por terminar, la gente se tiró al suelo y empezó a gritar. El pastor que me introdujo al templo me dijo que había ingresado un espíritu maligno y por ello le pregunté si ése había sido yo. Me dijo que no era así y que yo era bien recibido. Poco después la gente se levantó y prosiguió la celebración del oficio.

En Santiago preguntamos a un brujo si podíamos convertirnos en colegas suyos. Nos respondió que sí, pero que era necesario que encontráramos un cementerio vacío, sin sepultureros, cuidadores, administradores ni nadie en particular. Buscamos camposantos en varias regiones de la entidad que respondieran a esas características, pero no encontramos alguno. Para nuestra sorpresa, en un lugar donde pulula la gente, en Boca del Río, nos topamos con un panteón que guardaba esas condiciones. Para lograr nuestro propósito, cada uno de los que seríamos iniciados debimos acostarnos sobre una tumba y, entonces, todos debíamos tener el mismo sueño: un hombre encapuchado con dos espadas nos proporcionaría una de ellas y tendríamos que entablar un combate con él. De acuerdo con el brujo, si lográbamos estoquearlo, desaparecería; pero si nosotros éramos los estoqueados, nos convertiríamos en brujos. Sin embargo, el rito fue un fracaso, ya que un compañero y una compañera se tendieron juntos sobre una tumba, otro empezó a escuchar su radio de transistores, y yo mismo —no sé por qué— empecé a imitar lo que suponía sería la voz de la difunta que tenía debajo de mí. Por consiguiente, todos resultamos reprobados. Terminada la práctica, varios de los estudiantes, entre ellos Juan Antonio Tascón y Silvia Alvarado, escribieron sobresalientes monografías sobre lo que se había estudiado. Pero, lamentablemente, como de costumbre, se nos comunicó que no había presupuesto para publicar los textos.

Como puede notarse, nuestras experiencias en el trabajo de campo han sido notoriamente heterogéneas y con resultados variopintos. Es necesario que en las escuelas de antropología se enseñe aspectos generales de la metodología del trabajo de campo y que, a la vez, ilustre todas las variantes que se presentan en ese ejercicio, y para ello se necesita exponer casos de este tipo de prácticas. No debe existir, por ejemplo, un antropólogo que desconozca *Los argonautas del Pacífico occidental*, obra magistral de Bronislaw Malinowski, ni los trabajos señeros de la antropología social británica en África y diversas regiones del mundo, ni la investigación llevada a cabo por Claude Lévi-Strauss en Brasil, que dio como resultado *Tristes trópicos*, libro que deja importantes enseñanzas. Es famosa la guía de George

Peter Murdock sobre este particular, y también los trabajos de Marcel Griaule. En México son notables las investigaciones tanto de Gonzalo Aguirre Beltrán sobre los afrodescendientes, que quedaron registradas en su libro *Cuijla*, como las de Arturo Warman. Con base en su concepto de *intraestructura*, Ricardo Pozas elaboró una guía de campo para los estudiantes, de notoria calidad. La ameritada antropóloga Luisa Paré hizo otro tanto. En todo caso, existe en el país una tradición en la investigación de campo de la antropología, en la que sobresalen los estudios de Guillermo Bonfil, Julio de la Fuente, Alfonso Villa Rojas y otros. Asimismo, extranjeros con reconocido talento y experiencia como Bronislaw Malinowski, George Foster, Robert Redfield, Oscar Lewis y algunos más, han hecho importantes aportaciones en este aspecto. No debe olvidarse que Barbara Dahlgren llevó a cabo significativos estudios en la Mixteca, e Isabel Kelly hizo lo propio en el norte de México.

En la actualidad, influidos por el posmodernismo, se ha llegado a plantear que los antropólogos tenemos serias dificultades para decodificar los signos y los símbolos de culturas ajenas a la civilización occidental. Octavio Paz argüía, alabando el trabajo de Carlos Castaneda, que los profesionales de esta materia tenemos que participar de las mismas vivencias de los sujetos bajo estudio para entenderlos, y que para comprender el chamanismo tendríamos que ser chamanes. Esto supone que todo antropólogo debería ser una especie de Gonzalo Guerrero, aquel ilustre aventurero español que se transformó en un indígena maya y que —se dice— murió combatiendo a sus compatriotas. A nuestro parecer, los seres humanos han creado una gran diversidad cultural en el mundo, así como, aunque todavía elementalmente, medios para entender lenguajes, signos y símbolos de los seres humanos a través de la antropología. En textos posteriores haremos una crítica de las posiciones posmodernistas y, en especial, de sus concepciones en el trabajo de campo.

Algunas notas sobre el trabajo de campo

Esta fase de la investigación implica observar con precisión (como un Sherlock Holmes), dialogar con lo observado y preguntar: ¿por qué existes?, ¿qué significas en el seno de esta sociedad o comunidad?, ¿cuál es tu función?, ¿te contradices con otros elementos del ámbito social en que te encuentras?, ¿estás plenamente vigente o en decadencia?, ¿cómo te perciben los que se encuentran cotidianamente a tu alrededor?, ¿cómo te percibo yo?

Aquí debemos remarcar un aspecto decisivo del trabajo de campo. Los antropólogos no pueden prescindir de un amplio conocimiento teórico en su materia, no pueden limitarse a seguir la máxima de Malinowski, que afirmaba que “una descripción es una explicación”, o a recordar a Margaret Mead cuando planteaba que los antropólogos nos dedicamos a demostrar con datos empíricos lo que postulan los teóricos de otras disciplinas. Cierta caballero ruso, llamado Vladimir Ilich Ulianov (Lenin), hizo muchas aseveraciones, y aunque en algunas se equivocó, dijo con razón que la teoría es la guía de la práctica.

Conocí a un famoso colega que había realizado múltiples prácticas de campo en un estado del sur de México. Él me mostró gran cantidad de datos sobre costumbres, hábitos, objetos, instru-

mentos y artefactos de fiesta, fragmentos de cosmovisiones y elementos diversos de las comunidades que estudiaba, pero jamás mostró que había entendido cuál era la raíz estructural de los fenómenos que analizaba.

Por supuesto, siempre existe el peligro de caer en el teoricismo, esa tendencia que trata de encajar datos en un esquema teórico preconcebido. Recuerdo muy bien que, después del movimiento estudiantil de 1968, el marxismo se puso de moda en la ENAH y varios profesores y estudiantes realizaban investigaciones bajo un supuesto marco teórico marxista, pero el trabajo de campo se llevaba a cabo a través de enfoques diferentes, pero mal estructurados por lo general. El teoricismo ha sido una de las peores plagas de las ciencias sociales, tan malo como el empirismo descerebrado.

Una pretensión adicional consistía en elaborar investigaciones “supremas”, totalizantes. Recuerdo a un individuo de origen hispano, hoy exmarxista, que se aprestó a investigar el desarrollo del capitalismo en México, creyéndose así el Lenin español. Ese tipo de estudios requiere, en la actualidad, un trabajo colectivo e interdisciplinario (además, independientemente de la opinión que se tenga sobre el señor Lenin, al revisar su obra es claro que era un genio o casi lo era). Naturalmente, el aprendizaje fracasó y, por ahora, más que anarquista es anárquico.

Para realizar un trabajo de campo se necesita delimitar y caracterizar un objeto de estudio, una materia de análisis, tratar de explicar un proceso específico. En una ocasión, una colega y yo decidimos estudiar un asunto relacionado con el fenómeno migratorio en Matamoros, Tamaulipas, México. Mientras nos dirigíamos en avión a esa ciudad, la colega me preguntó dónde se ubicaba Matamoros. Por supuesto, tal interrogatorio era absurdo desde el punto de vista académico. ¿Cómo es posible hacer un trabajo de campo si se desconoce la ubicación del lugar donde se va a realizar? Ciertamente, en un principio podemos carecer de ideas sobre los sitios de trabajo, pero, cuando menos, debemos saber su ubicación y algunos otros elementos antes de llegar.

Ricardo Pozas alegaba que a un trabajo de campo había que ir con “la mente en blanco”, sentencia que podría parecer una aberración ya que jamás se emprende una tarea en ese estado mental. De hecho, lo que Pozas Arciniega quería decir era que se debería trabajar sin prejuicios y sin ideas preconcebidas sobre la situación de análisis. El maestro insistía en que, antes de abordar una problemática específica en una comunidad, era necesario hacer un estudio exploratorio: el carácter de su producción económica, su sistema político, su estructura social, la organización familiar, el papel de la religión, así como las relaciones con los pueblos vecinos y con las autoridades gubernamentales, entre otras. Sin duda, la propuesta de Pozas tiene un límite, ya que no se trata de realizar un estudio de la globalización planetaria para entender lo que pasa en una comunidad. Encontramos investigadores que para estudiar un “problema complejo”, por ejemplo, la vida cotidiana de los niños en Tequisquiapan, Querétaro, se remontan al Imperio romano.

Para escoger la materia de estudio se debe situar ésta en un tiempo y lugar determinados. Tomemos un caso: en septiembre de 2017, dos sismos causaron destrucción de edificios, viviendas, escuelas y centros de trabajo, y lo más grave, numerosas personas perdieron la vida. Ante tal suceso nos

debe interesar una investigación que establezca tiempo y lugar, para no caer en supremacismos. Por ello decidimos averiguar cómo se llevaría a cabo la reconstrucción de los edificios dañados, cómo se brindaría atención y apoyo a los damnificados de la entonces delegación Tláhuac, entre noviembre de 2017 y enero de 2019.

Una vez escogido el objeto de estudio, debe explicarse su pertinencia, su importancia para el análisis antropológico y su proyección social. A continuación, debemos definir las herramientas conceptuales con las que se abordará el estudio, lo que comúnmente se llama marco teórico. Se trata de un armazón conceptual que responde a nuestra formación como antropólogos y puede basarse en elementos y argumentaciones nacidos de diversos enfoques teóricos, en no pocos casos privilegiando uno, como el funcionalismo, el relativismo cultural o el marxismo, entre otros. También cuentan significativamente nuestras experiencias previas en trabajos de campo.

Basándonos en el estudio exploratorio, en el marco teórico establecemos lo que algunos analistas consideran hipótesis avanzadas de la explicación del problema, pero, por lo general, escogemos una como la principal. Ahora, sobre el caso particular que tratamos, pueden surgir hipótesis como las que anunciamos a continuación:

- 1) Los sismos son desastres naturales que causan daños y perjuicios inevitables por la magnitud que pueden alcanzar. El gobierno, las organizaciones sociales y los ciudadanos tratarán de reconstruir lo dañado en la medida de lo posible, tomando en cuenta la fragilidad de nuestras condiciones humanas ante tales acontecimientos.
- 2) Los sismos son fenómenos que pueden ser causados artificialmente, debido a experimentos bélicos realizados por las grandes potencias.
- 3) Se ha demostrado plenamente que muchos huracanes, maremotos, lluvias intensas y erosiones de muchos tipos son causados por el cambio climático. Posiblemente los sismos de septiembre responden a esa causalidad.
- 4) Los sismos de septiembre responden a un castigo divino. (Esta hipótesis puede parecer absurda, pero en 1985 personeros de la Iglesia católica la sostuvieron; uno de ellos, Genaro Alamilla, director de Comunicación Social de la Iglesia católica. Esa hipótesis la hemos escuchado también de personalidades no pertenecientes al campo académico y no deja de tener importancia en varios sectores.)
- 5) Los desastres naturales son devastadores y perjudiciales cuando se topan con estructuras sociales frágiles y degradadas, totalmente inapropiadas para resistirlos.

Una vez finalizada la investigación, nuestras hipótesis pueden ser comprobadas o rechazadas; en este último caso, se formulan nuevas hipótesis que estén acordes con nuestros descubrimientos.

Para emprender un trabajo de campo es necesario contar con una metodología, la cual es señalada por el marco teórico, ya que se trata de caracterizar la ruta epistemológica del estudio.

En la actualidad, el trabajo de campo se vale de técnicas muy valiosas para llevarlo a cabo. Todavía a finales del siglo xx, los antropólogos nos valíamos de fichas y diarios de campo, entrevistas grabadas o no, observaciones (entre ellas las de carácter participante), mapas, dibujos y clasificación de objetos. Hoy se siguen usando las técnicas descritas, además de las de carácter cinematográfico (que ya existían), a las que se suman el levantamiento de imágenes mediante video, teléfonos móviles, internet y otras técnicas y herramientas tecnológicas. En todo caso, la simple utilización de las técnicas, por muy avanzadas que sean, no resuelven por sí mismas lo esencial: la capacidad teórica y la habilidad práctica de quien hace investigación antropológica para arribar a explicaciones científicas. Por ahora, en muchos lugares y, particularmente en México, la antropología se ha estancado en un descripticismo mal elaborado, que podría realizar cualquier viajero o turista con capacidad de observación, sin necesidad de título profesional alguno.

Somos optimistas en el sentido de que en pocos años se generarán nuevos contingentes de antropólogos mucho más capacitados para desarrollar una antropología científica avanzada.